

EL ESPIRITU DE SAN VICENTE DE PAUL

SERMÓN PREDICADO EL 21 DE JULIO DE 1907 EN LA CAPILLA
DEL SAGRARIO

Vade, et tu fac similiter.

Anda, y haz tú otro tanto.

LUC., x. 37.

Señores y hermanos :

El santo evangelio del San Lucas trae una respuesta muy famosa dada por el Señor á un jurisperito, que fue á EL con ánimo de tenderle un lazo. Maestro, preguntó el fariseo aquel, ¿qué debo hacer para alcanzar vida eterna? Díjole Jesús: ¿Qué es lo que se halla escrito en la ley? ¿Cómo lees tú? Respondió él: Amarás al Señor Dios tuyo con todo el corazón, y con toda el alma, y con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y al prójimo como á ti mismo. Replicóle Jesús: bien has respondido: haz eso, y vivirás.

Corrido debió de quedar el doctor de la ley, y para justificarse á sí mismo, preguntó: ¿Y quién es mi prójimo? Tomó entonces la palabra el Maestro Divino y propuso una de aquellas semejanzas ó parábolas tan de la índole de los pueblos orientales. Bajaba un hombre de Jerusalén á Jericó y cayó en manos de ladrones que lo despojaron de todo, lo cubrieron de heridas y se fueron dejándolo medio muerto. Descendía casualmente por el mismo camino un sacerdote, y aunque le vio, pasóse de largo. Igualmente un levita, á pesar de que se halló vecino al sitio, y miró al herido, tiró adelante. Pero un pasajero, de nación samaritano, llegóse á donde estaba, y viéndole se movió á compasión; y arrimándose le vendó las heridas, bañándose las con aceite y vino, y subiéndole sobre su jumento le condujo al mesón y tuvo cuidado de él. Al día siguiente, sacó dos denarios y dióselos al posadero diciéndole: cuidame,

este hombre, y lo demás que gastares, yo te lo pagaré á la vuelta. ¿Quién de estos tres te parece haber sido prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Aquel, respondió el doctor, que usó con él de misericordia. Pues anda, le dijo Jesús, y haz tú otro tanto. *Vade, et tu fac similiter.*

Sabéis que el buen samaritano es Jesús, quien descendió del seno del Padre, de la Jerusalén celeste á este valle hondo y sujeto á perpetuas vicisitudes y mudanzas, que eso es y significa Jericó. Pasó por el camino de su vida mortal y topó con el género humano, robado de los demonios que son ladrones y homicidas, despojado de la hermosura original, herido y maltrecho por las culpas y próximo á morir por entero. El Señor nos tomó en brazos, nos curó con el óleo de su gracia y el vino de su caridad, nos condujo al recinto de su santa Iglesia; y no pagó por nuestra sanidad dos denarios, sino que dio para alcanzarla, su sangre preciosa de valor infinito.

No se contentó con remediar nuestras dolencias morales; y mientras estuvo de viaje por acá devolvió vista á los ciegos, oreja á los sordos, andar á los tullidos, limpieza de carnes á los leprosos, vida á los muertos. Se apiadó de la Cananea, alabó la fe del Centurión, enternecióse con el llanto de la viuda de Naím, lloró sobre el sepulcro de Lázaro.

Entre los discípulos del Salvador, á través de los siglos, cuántos no han seguido sus huellas! cuántos no han sido piadosos samaritanos! Entre ellos alcanza sitio preeminente San Vicente de Paúl, vuestro patrono gloriosísimo. Vengo á hablaros de su vida; pero no os diré: Id y haced otro tanto! porque me consta que hace medio siglo que esta Sociedad vuestra viene trillando los pasos del santo cuyo nombre ha llegado á personalizar la caridad.

Pero en el sendero del cielo siempre se puede adelantar, y si no os exhorto á las obras de caridad, sí á que las hagáis con el espíritu, con las disposiciones de San Vicente, que fueron las de los fundadores de vuestra Sociedad.

Yo nací casi á un tiempo con ella, la conocí en la infancia, víla crecer, llegar á su importancia actual; fui de los vuestros hasta que vestí la sotana, trabajé en las secciones, asistí al Consejo, hablé con los primeros socios, conozco vuestro espíritu, que es el de vuestro titular, que es el del Evangelio, que es el de Jesucristo.

Invoquemos á la Inmaculada Virgen, Madre de la misericordia. *Ave María.*

I

De nuestro divino Jesús dice el salmista que le previno Dios con bendiciones de dulzura. Guardada la debida proporción previene Dios á sus santos, no sólo con los dones de la gracia sino con los de la naturaleza; y pone los hechos y sucesos humanos al servicio de los planes de su providencia sapientísima.

Vuestro santo iba á ser apoyo de los débiles, sostén de los humildes, consolador de tristes, defensor de oprinidos, padre de los pobres; y le hizo pasar Dios por todos los trances y dolores que había de remediar en sus hermanos. Mucho sirve para condolerse con las ajenas miserias haberlas sufrido antes como propias; y tanto es así, que San Pablo da como razón para que Jesucristo se apiade de nosotros, el haber estado circundado de enfermedades. *Circundatus infirmitate.* No dice que nuestro Pontífice Jesús se lastime con nuestras dolencias por ser EL infinito en misericordia, que sería razón muy verdadera y más que suficiente, sino porque está rodeado de nuestra debilidad. Como para darnos á entender que difícilmente será caritativo quien no haya padecido mucho.

San Vicente vino al mundo en una aldehuela montañosa de los Pirineos, de padres honrados y buenos, pero labradores de oficio; y pasó de los años de la niñez y los primeros de la mocedad guardando un exiguo rebaño de ovejas, tolerando los calores del estío y las nevadas inver-

nales, descalzo, mal vestido, andando por quebradas y breñales, con hambre y sed, durmiendo sobre la tierra dura.

Cuando fue á aprender á la Universidad de Tolosa, supo lo que es ser estudiante pobre; lo que es emprender trabajo en las horas de descanso, en los días de asueto, en los meses de vacación, para pagar un cuartucho en el desván, una comida insuficiente, los libros más indispensables, el tosco vestido que contrasta con los trajes elegantes de los escolares ricos.

Ordenado sacerdote, emprende viaje á Marsella; al regreso, la nave que lo lleva es presa de corsarios tunecinos, que le despojan de ropas, le cargan de prisiones y le echan como lastre á la sentina. Al llegar á Berbería, vendenlo como esclavo, primero á un moro, después á un renegado saboyano á quien convierte con el solo espectáculo de su piedad y mansedumbre y con quien retorna, al cabo de dos años, al nativo suelo.

Ya limosnero mayor de las galeras del Rey, ve á un infeliz condenado al remo en un estado indescriptible de amargura y desesperación. Vicente aprovecha la circunstancia de que la tripulación de aquella nave aún no le conoce, cede sus vestidos al galeote que huye, se pone él mismo las cadenas, y dura varios días en el banco, bajo el azote del comité desapiadado y feroz.

Existe un bien mayor que las riquezas, que la salud, que la libertad misma, y es la reputación inmaculada, de la cual el Espíritu Santo nos ordena cuidar con exquisito esmero. Vióse San Vicente acusado de un hurto ratero con abuso de confianza. Limitóse á decir: Dios sabe lo que ha sucedido. Duró seis meses bajo la pesadumbre de la calumnia, de la infamia; al cabo de ese plazo el verdadero ladrón confesó su delito, pero al santo le quedó el mérito de la paciencia y el saber compadecerse de los que habían perdido la fama.

Oh! qué importa ver empañado el buen nombre, y carecer juntamente de salud, de libertad, de bienes de for-

tuna, mientras la fe irradie sus esplendores en la mente, y el amor divino inflame el corazón, y la presencia de Dios fortifique, y la piedad consuele, y la oración ponga alas al alma para encumbrarse al cielo! Pero cuando la fe, sin apagarse, no esplende en el entendimiento; cuando la caridad, aunque viva, deja yerta la superficie del alma; cuando Dios esconde su rostro, y la devoción se hace dolorosísima, y no brota otra súplica que el lamento de Nuestro Señor en la Cruz: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? aquello es un tormento que con ningún otro tormento se compara.

Ese dolor no lo conocen los impíos, no lo saben los mundanos, lo ignoran los tibios; es la agonía del Huerto de las Olivas que Jesús no comparte sino con las almas grandes, las fuertes, las que él destina á los más encumbrados puestos de su gloria.

San Vicente estuvo en aquella cruz cuatro años enteros, y buscada por él y por él solicitada para hacer un acto de caridad, sin precedente, á lo menos hasta donde yo sé, en las vidas de los santos.

Un doctor en Teología, de París, vióse de repente asaltado de las tentaciones más abominables contra la fe; no rezaba, no decía misa, no entraba á la iglesia. Todo lo que tocara á la piedad aumentaba el horror de su situación y lo provocaba á las blasfemias más espantosas. San Vicente pidió á Dios que le trasladara aquellas tentaciones y devolviera la paz al infortunado sacerdote. Su oración fue oída al instante. Quedó el santo en tal estado que no podía hacer ni un acto mental de fe. Las tentaciones no lo abandonaban un momento; pero no dejó una sola de sus prácticas, aunque eran para él horas de mortal agonía; no omitió la misa una sola vez, y escribió el Credo en un papel que cosió en lo interior de la sotana, sobre el corazón, y le dijo á Dios que cada vez que se tocara el pecho, aquello significaría un acto de fe y de caridad.

En premio de tamaño heroísmo, el Señor le encendió en voluntad de consagrar la vida entera á los pobres. Pasada la borrasca, ¡qué director espiritual aquel para los escrupulosos, para los tentados, para todos los afligidos y pusilánimes!

Vosotros seguid, aunque de lejos, á San Vicente en sus obras de misericordia para con los pobres; preciso es que aprendáis á conocer los infortunios y dolencias de los prójimos. Quizá no falte entre vosotros quien haya probado la amargura de la miseria, quien haya visto llorar de hambre á sus hijuelos; quien haya pasado años en un lecho de dolores, ó en una prisión, ó en el destierro; quien se haya sentido bajo el peso de la negra calumnia. Pero otros, los más acaso, han sido relativamente felices.

Por eso las sociedades de San Vicente tienen como práctica esencial suya la visita domiciliaria á los pobres. No sólo la que se hace al principio para informarse de la realidad y magnitud de la miseria, sino la visita periódica, en que el socio lleva, junto con la limosna, un poco del respeto cariñoso que el pobre merece por ser imagen viva de Cristo, y que el mundo le niega; una frase de consuelo que llega al alma, el discreto consejo, la voz de aliento, la expresión de compasiva simpatía.

Vuestra Congregación puede, debe cambiar las obras de caridad en que se emplee, según las necesidades de los tiempos; pero el día en que pusiera en olvido la visita á los pobres, habría dejado de existir.

II

La caridad del prójimo, que se funda en el amor de Dios, que abraza á todos los hombres sin distinción de judío y griego, bárbaro y escita, de justo y pecador, de amigo y adversario; la caridad, que no ve en los demás sino hechuras y semejanzas vivas del Creador, almas rescatadas con la divina sangre, destinadas al Cielo, mediante la gracia

de Dios y el propio esfuerzo; la caridad es virtud sobrenatural, infusa, y no puede existir sin la integridad y pureza de la fe. Puede haber fe, aunque muerta, en alma donde no impere la caridad; pero no es posible la caridad cuando no existe la fe católica, romana.

Advertid que digo *romana*. Entre jansenistas y galicanos hubo un concepto de la Iglesia considerada como cierta entidad abstracta, especie de confederación de las iglesias particulares, bajo la presidencia del Obispo de Roma. No pensamos así nosotros, que seguimos la fe del Concilio Vaticano, que creemos con San Ambrosio que donde está Pedro allí está la Iglesia. *Ubi Petrus, ibi Ecclesia*.

Una de las primeras diligencias de San Vicente de Paúl al ordenarse sacerdote fue la de peregrinar á Roma, á ver á Pedro, *ne in vanum curreret*, para no correr en vano, como dice el Espíritu Santo del Apóstol San Pablo cuando fue á Jerusalén á visitar al Príncipe de los Pastores, al Vicegerente Supremo de Cristo. De la Ciudad Eterna escribía San Vicente: “¡ Oh! ¡ Cuánto me consuela verme en esta ciudad, señora de la Cristiandad, donde se halla el Jefe de la Iglesia militante, en donde reposan los cuerpos de San Pedro y San Pablo!”

Vivió San Vicente del espíritu de la Iglesia Romana, y de allí sacó sus virtudes heroicas, los milagros de su caridad encendida. Brilló sobre todo la pureza de su fe, con ocasión de la herejía jansenista, hija del calvinismo, soberbia é hipócrita, no sólo perturbadora del entendimiento, sino hecha de propósito para secar el corazón.

El verdadero fundador de la nefanda secta fue el Abad de Saint-Cyran, eclesiástico docto, de buena vida, de trato urbano y exquisito, y amigo muy querido de San Vicente de Paúl. Cuando el espíritu del orgullo y la herejía se apoderó de su alma, como aquel que invadió al Rey Saúl, el Abad, que conocía la sencillez infantil de su amigo, creyó que era la persona más fácil de seducir. Ignoraba el infeliz que en los santos se junta con el candor de la paloma

la astucia de la serpiente, cuando se trata de guardar la fe. San Vicente agotó su caridad y su celo por volver al camino al extraviado amigo; y cuando la herejía tomó cuerpo, el Santo le declaró la guerra, de palabra y por escrito, en el púlpito y en el confesionario, en pláticas familiares y en cartas, en las chozas del pobre y en los consejos del Rey, por sí mismo y por los sacerdotes de su Congregación. Los jansenistas le profesaron odio tan enconado y tenaz, que cincuenta años después de muerto, cuando se inició en Roma el proceso de beatificación, se halló que los herejes habían sustraído y quemado la información episcopal sobre la vida y virtudes de San Vicente. Mas nadie lucha contra Dios. El jansenismo pasó como nube de verano, cargado con las maldiciones de la historia; la imagen de Vicente de Paúl, adornada de luces y de flores, está allí, en el altar.

III

Hondo misterio es el corazón del hombre. Tan pequeño, y ¡ cómo se va ensanchando para dar cabida á todos los amores! Quiere el infante á su madre, después á los hermanos, en seguida á los camaradas de colegio, más tarde á la mujer elegida para esposa. Cuando vienen los hijos, parece que el corazón nunca hubiera amado: tanto lugar así ocupan ellos. Y aun caben allí holgadamente la Patria, los amigos, los libros, ciencias, artes, riquezas, placeres.

Sólo que se requiere que todos aquellos afectos se subordinen á uno solo, á quien sirvan, de quien reciban actividad y vida. Unos hombres, los santos, tienen el amor de Dios, la caridad; otros, los pecadores, los mundanos, el amor propio como fin último de la vida, y esa es la raíz de la soberbia. Lo que no cabe en una misma alma son el amor de Dios y el orgullo.

Un biógrafo de nuestro Santo dice que, aun cuando se cree que la caridad fuera la principal virtud de Vicente,

aún fue mayor su humildad. No lo entiendo yo así. El amor de Dios y el amor propio son como los platos de una balanza: sube el uno en la exacta medida en que desciende el otro.

Hay quienes confunden lo humilde con lo pusilánime, con lo apocado. ¡Qué error tan grande! Nada supone alma tan bien templada, como la virtud de la humildad. Y es ésta una perfección sobrenatural, de donde es inexacto decir que alguien es naturalmente humilde. Cierto es que hay espíritus más soberbios, y á éstos les cuesta mayor esfuerzo la virtud contraria. Fue precisamente éste el caso con San Vicente de Paúl.

Oíd lo que él mismo contaba con lágrimas, muchos años después, á los padres de su Congregación: "Recuerdo que un día, en el colegio, vino á decirseme que mi padre, que era un pobre campesino, me esperaba; y yo rehusé ir á hablarle, en lo que cometí un gran pecado." "Estaba pensando hace poco que, siendo yo niño, cuando mi padre me llevaba á la ciudad, me avergonzaba de reconocerlo como padre, porque iba mal vestido y era algo cojo. ¡Oh, desgraciado, cuán desobediente fui! Pido perdón á Dios de todos los escándalos que he dado. Pido perdón también á toda la Compañía, y os suplico rogéis á Dios por mí para que me perdone esas culpas, y me dé verdadero arrepentimiento."

Y ese hombre llegó á una humildad á la medida de su caridad con el prójimo.

Desconfiado de sí mismo, creyéndose la basura de este mundo, no acometió jamás empresa alguna por propia iniciativa, y á los cincuenta años de su edad, aún no había puesto los cimientos de ninguna de sus grandes obras. Cuando la obediencia, el parecer de varones sabios le indicaba una labor, vacilaba, se deshacía en ruegos y excusas; mas si veía finalmente en ello la voluntad divina, alzabase como un gigante á recorrer el camino, y no había obstáculo que le pudiera detener.

La misma falta de fe en las propias luces, que es hija de la humildad, es madre de la prudencia. Ella hizo que San Vicente se abstuviese de dar reglamentos previos á los varios institutos que fundó. Iba paso á paso, tanteando lo más útil, lo más práctico; y eso se cumplía fielmente, en nombre del Señor, sin leyes escritas. Más tarde se estampó la relación de las costumbres introducidas por el Santo, y esas son las constituciones de los sacerdotes de la misión, y de las señoras de la caridad, y de las hermanas del mismo título y de tantas otras asociaciones por él fundadas.

IV

Es la humildad aquel pozo seco y hondo que halló Nehemías al tornar del cautiverio, en el cual pozo había un lodo negro y espeso, que es el bajo concepto que el humilde tiene de sí mismo. Cuando dio un rayo de sol, del sol de la gracia divina, sobre aquel fango, encendiósese el fuego, el fuego del amor, que devoró el holocausto; como quien dice el corazón, que es la mejor víctima para Dios. Mas aquel fuego necesita leña que lo cebe y encienda, y el combustible de la caridad es la piedad cristiana.

No creáis en persona caritativa que no ore, que no lea libros espirituales ó no oiga sermones, que no visite á Nuestro Amo Sacramentado, que no comulgue muy á menudo. Caridad es vida, caridad es fuerza, y *si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros.*

¡Qué piedad la de San Vicente desde los primeros albores de la infancia! En el centro de la vasta llanura pantanosa sombreada de encinas, donde niño llevaba á pacer el rebaño, se alzaban las ruinas de una capilla dedicada á la Virgen, y quemada años antes por el fanatismo calvinista. Allí rezaba el pastorcito horas enteras; pero su oratorio predilecto era una encina centenaria, ahuecada por

la vejez y donde tenía una imagencita de Nuestra Señora que adornaba con campestres ramas y flores.

Cerca queda el castillo de Montgaillard. Un día, el Obispo de Saint-Pons, hijo del señor de aquellas tierras, hablaba á San Vicente del castillo solariego de su raza: "Lo conozco, respondió el santo, muchas veces llevé mis animales á pacer por esos lados."

La disipación de una ciudad universitaria en nada resfrió la piedad de Vicente; y cuando fue sacerdote, su unión con Dios se hizo íntima, estrecha, indisoluble. Sabedor de que los fieles pueden ser piadosos sin ser doctos, pero de que en los eclesiásticos la oración y la lectura son inseparables, dedicó siete años, en Tolosa, al estudio de la Teología sagrada y los cerró con buenos exámenes que le alcanzaron la borla y los laureles del doctorado.

Es disposición divina que ningún hombre pueda dirigirse á sí mismo por los senderos de la perfección evangélica, y edifica ver cómo los santos se encadenan y nacen espiritualmente los unos de los otros. San Pablo debió su conversión á la plegaria final del protomártir San Esteban; á San Agustín lo trocaron las lágrimas de su madre, las instrucciones de San Ambrosio; San Ignacio formó á San Francisco Javier; el beato Juan de Avila á San Juan de Dios.

Vicente de Paúl tuvo por consejeros y amigos á los personajes más piadosos de su tiempo: el Cardenal de Bérulle, el venerable Olier, y sobre todo San Francisco de Sales, que le encomendó el régimen de las monjas de la Visitación.

Interesante debió de ser la entrevista entre los dos egregios personajes; el uno nacido de príncipes con el porte y gentileza de su estirpe, adornado de la dignidad episcopal, próximo ya á la ancianidad; el otro, hijo de labradores, con algo todavía de la nativa rudeza, simple y humilde sacerdote, en la plenitud de la vida. Al separarse, dijo San Francisco "No he conocido sacerdote más digno. El se-

ñor Vicente es el mayor santo del siglo en que vivimos." Y el señor Vicente, alzando los ojos al cielo, iba exclamando: "Dios mío, qué bueno seréis, cuando Monseñor de Ginebra es tan bueno."

La piedad de nuestro héroe no estuvo endulzada con aquellos dones y carismas sobrenaturales y extraordinarios: visión intuitiva, oración extática, con que Dios estimula á los santos á los principios, con que suele anticiparles las bienaventuranzas del cielo. No le concedió en vida el dón de los milagros, aunque se lo otorgó á manos llenas después de muerto. El Señor que había creado aquella alma, sabía hasta dónde era fuerte y generosa, y no quiso darle parte del premio en la tierra, para reservárselo íntegro en la gloria.

Formado en la experiencia de las humanas desdichas, cimentado en la fe de Roma, fundado sólidamente en la humildad, nutrido con la devoción, San Vicente alcanzó, con la gracia divina y su correspondencia á ella, la plenitud de la caridad.

V

Caridad! ¿quién podrá decir tus alabanzas? Eres la esencia misma de Dios, *Deus charitas est*; eres la más excelsa de las perfecciones: *ahora hay tres virtudes*, dice Pablo, *la fe, la esperanza, la caridad, pero la caridad es la más excelsa de todas*; tú borras la multitud de los pecados; comunicas mérito y satisfacción á las obras; nos das la gracia santificante, nos haces amigos de Dios, nos abres la puerta de la bienaventuranza. Con la visión beatífica cesa la fe, con la posesión del bien, la esperanza; tú, caridad, eres la única que permaneces en el cielo eternamente.

La caridad es amor habitual infundido por la gracia, á Dios, por ser quien es, por infinitamente bueno y perfecto, amor sobre todas las cosas; y es amor al prójimo, no

por lo que vale en sí, no por lo que le debamos, sino por Dios, y por Dios solo.

“Yo no debo, decía San Vicente, considerar á un miserable campesino ó á una pobre mujer, según su exterioridad ni atendiendo á su ingenio, pues las más de las veces ni el cuerpo ni el alma parecen de criaturas racionales, por lo groseros y terrestres. Pero vuelvo la medalla, y veo con las luces de la fe que el Hijo de Dios, que quiso ser pobre, se nos presenta en la figura de uno de esos infelices; porque, durante su pasión, casi no tuvo figura humana, y le reputaron loco los gentiles y escándalo los judíos, y, sin embargo, se apellidó evangelista de los pobres: *evangelizare pauperibus missit me*. ¡Qué hermoso es mirar á los pobres al modo que Jesucristo los miraba, y amarlos como los amaba Jesucristo!”

El pobre tiene un cuerpo formado de la tierra, y una alma creada con el soplo omnipotente. Y San Vicente curaba las llagas del cuerpo como medio de sanar las úlceras del alma. En él las obras corporales no eran sino medios para cumplir las espirituales de misericordia.

Por eso, blasfeman contra el Santo los que lo apellidan benéfico según el mundo, los que lo llaman filántropo, los que lo califican de *altruista*, según el bárbaro vocablo de los que se creen biznietos de los monos.

Y, al decir las obras de caridad de San Vicente de Paúl, falta el tiempo, acábanse las fuerzas, el ánimo desfallece. Un día entero, un año, no alcanzan á enumerar lo que realizó aquel sacerdote en bien de sus prójimos, para todos los siglos. ¿Cómo compendiarlo en el breve espacio de una plática doctrinal como ésta? Dejemos la palabra á la Iglesia misma, en las lecciones del Santo en el Breviario romano:

“Dióse á evangelizar á los pobres, en especial á los campesinos, hasta que llegó á la edad decrepita; y lo realizó tanto con el esfuerzo propio como con ayuda de los

alumnos de la congregación que fundó con el nombre de Presbíteros seculares de la Misión. Cuánto trabajase por aumentar la disciplina del Clero lo testifican la erección de seminarios mayores de clérigos, las frecuentes conferencias entre los sacerdotes y los ejercicios preparatorios á las sagradas órdenes. Para aumento de la fe y la piedad, envió operarios evangélicos no sólo á las provincias francesas, sino también á Italia, Polonia, Escocia, Irlanda, y aun á los bárbaros y á los indios.

“No hubo linaje de calamidades á cuyo remedio no ocurriese, con paternal misericordia. Los cautivos de los turcos, los niños expósitos, los jóvenes díscolos, las doncellas en peligro, las monjas dispersas, las mujeres caídas, los peregrinos enfermos, los artesanos inválidos, y aun los dementes y los locos, todos recibieron de él alojamiento, lástima y remedio.

“Socorrió ampliamente la Lorena, la Pecardía y la Champaña, y otras provincias devastadas por el hambre, la peste y la guerra. Para recoger y aliviar á los desgraciados fundó muchas sociedades, entre las cuales sobresalen las Señoras de la Caridad, las Hermanas del mismo nombre, las de la Santa Cruz, las de la Providencia, las de Santa Genoveva.”

Y esas obras, y aquellas caridades, que valieron, no miles, sino millones y millones, las realizó un presbítero, sin patrimonio paterno, sin rentas de beneficio, con voto de perpetua pobreza. ¿Cómo? Hé aquí el secreto de San Vicente, vuestro propio secreto, señores hermanos de esta Sociedad benemérita, secreto que voy á publicar para bien de todos desde esta cátedra sagrada.

Hay en el mundo, en el mundo enemigo de Dios, dos formas detestables de interés por el prójimo: unos aman á los magnates, á los ricos, á los grandes, y detestan á los débiles, á los pobres, á los pequeños; otros quieren á los infelices, á los plebeyos, á los miserables, y odian á los poderosos, á los nobles, á los opulentos. Estas dos tenden-

cias contrapuestas son origen de la gangrena que corroe los pueblos de la vetusta Europa.

Nuestro Divino Maestro nació hijo adoptivo de un artesano, pero de la sangre de David y Salomón; vino al mundo en un establo, pero se hizo adorar de los Reyes del Oriente; escogió para Apóstoles doce pescadores, pero eligió para convertir á los gentiles á Pablo, doctor de la ley, ciudadano romano; murió en cruz, pero lo sepultaron un rico miembro del Sanhedrín y un maestro en Israel; tiene en su gloria á Blandina, la esclava, y á Inés, la patricia; al Rey San Luis y al mendigo San Benito José de Labre.

San Vicente no olvidó, por cuidar á los pobres, que los ricos, que los potentados tienen alma; que hay infortunios que no descienden á las cabañas sino que gustan de vivir entre alfombras, espejos y cortinas; que el rico tiene, en su misma opulencia, un peligro para su salvación, y que él es el instrumento de Dios para remediar las desdichas del indigente.

Y Vicente se hizo amigo y familiar de las casas más ilustres de Francia, los Gondi, los Bérulle, los de Fresne, los de Retz; y entró en la intimidad de Luis XIII, y fue del Consejo de Conciencia de la Reina Ana de Austria. Pero no iba á los palacios sino cuando lo exigía la gloria de Dios, y siempre recordaba su pobre origen, no con despecho sino con humildad.

“Tuve el honor de ser criada de vuestra madre,” le dijo cierto día una anciana pordiosera. “Os engañáis, repuso el santo, mi madre jamás tuvo criados, antes ella sirvió en las casas en varias ocasiones.”

Hé ahí el camino de las sociedades de San Vicente, el que vosotros venís andando hace ya medio siglo: pedir, pedir sin descanso á los ricos, y trasladar esas sumas, sin tardanza, á manos de los pobres, sin dejar sin remedio la necesidad real de hoy, en previsión de las hipotéticas miserias de mañana, vaciando el arca hasta el último centavo, seguro de que Dios antes dejará el sol sin salir que

frustrada la confianza de los que trabajan por EL, y en EL esperan.

VI

Las sociedades como la vuestra no fueron fundadas directamente por San Vicente de Paúl, aunque él sí estableció algo semejante cuando asoció á los hombres á sus obras de caridad. Y para ellos hizo una clasificación de los miserables, que debe seros regla de conducta. “Unos, decía el santo, carecen por entero de todo, y á éstos hay que dárselo todo; otros no tienen sino parte de lo que necesitan, y á ellos es forzoso brindarles lo que les falta; los terceros, en fin, son los falsos pobres, que no trabajan pudiendo y mendigan sin necesidad. A los tales nada debe dárselos, y aun conviene denunciarlos á la autoridad para que les impida pordiosear.”

Mas el santo, tan prolijo en averiguar la necesidad presente, no investigaba las pasadas culpas. Estimaba que el pobre inválido, encenagado en el vicio, era doblemente digno de compasión, por tener flaco el cuerpo y enferma el alma, y sabía que la limosna material suele ser eficaz medio de hacer recibir los auxilios espirituales.

Las sociedades de San Vicente, como existen hoy, tuvieron su origen en el primer tercio del pasado siglo, de algunos estudiantes católicos de París que al salir de una *conferencia* literaria, realizaron el pensamiento de congregarse para visitar á los pobres en sus domicilios. De aquí el nombre de *conferencias* que tienen en Francia las sociedades de San Vicente de Paúl.

La vuestra se fundó también por jóvenes católicos al salir de una conferencia dada por el generoso sacerdote chileno Monseñor Víctor Eizaguirre, fundador del colegio Pío latinoamericano de Roma. Va á cumplir este año los cincuenta de vida, en Colombia, donde toda asociación es flor de un día; y cumplirá el siglo, y otro y otro más, si

sigue fiel al espíritu de sus fundadores, que es el de San Vicente, el de la Iglesia romana, el de Nuestro Señor Jesucristo.

RAFAEL M. CARRASQUILLA

EL ARBITRAJE

Al inaugurarse, hace algunas semanas, la exposición del tercer centenario de Jamestown, el Sr. Presidente de los Estados Unidos, en un discurso pronunciado ante inmensa y entusiasta multitud, dijo, entre otras grandes verdades, que la concepción actual de la civilización es demasiado alta para que una nación crea que para elevarse le sea necesario sacrificar á otra; que hay en el pensamiento humano una marea ascendente que impulsa á las naciones hacia una paz leal, no dejando subsistir ni odios ni rivalidades, sino emulaciones nobles por el progreso, por una civilización mejor, y que el miedo de la guerra es mal mucho más grande que la guerra misma.

Estas palabras, que han sido leídas con particular atención en la América del Sur, expresan con exactitud el sentimiento público. Hacer desaparecer el miedo de la guerra que mantiene inquieto al mundo, es, sin duda ninguna, uno de los deseos más ardientes de la humanidad, y por lo tanto una de las primeras y más urgentes necesidades de este siglo. Todos los esfuerzos de los pueblos civilizados deben dirigirse hacia este punto capital, porque el miedo de la guerra es un anacronismo, una afrenta para nuestra época de progreso, de igualdad y de civilización.

El Sr. Presidente pronunció su discurso en vísperas de la reunión de esta Conferencia, lo cual da á sus palabras relieve especial.

La circunstancia de que la reunión de este Congreso de paz se deba en primer término á la iniciativa de un soberano autócrata, no es menos significativa. Fue el Em-